

M. G. LEONARD Y SAM SEDGMAN

MISTERIO EN EL TREN



Secuestro
en el
California Comet

DESTINO

M. G. LEONARD Y SAM SEDGMAN

MISTERIO
EN EL TREN

Secuestro
en el
California Comet

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Adventures on trains. Kidnap on the California Comet*
© del texto: M. G. Leonard y Sam Sedgman, 2020
© de la traducción: Rosa Sanz, 2021
Ilustración de la cubierta: Fernando Vicente
Publicado originalmente en 2020 por Macmillan Children's Books, una división de Macmillan Publishers Limited

© Editorial Planeta S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2021
ISBN: 978-84-08-24551-3
Depósito legal: B. 11.305-2021
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Chicago

Cruzar las puertas de la Union Station de Chicago fue como entrar en una catedral. Arrastrando las maletas y sacudiéndose la lluvia de los abrigos, Harrison Beck y su tío Nathaniel Bradshaw se detuvieron para admirar la imponente grandeza del inmenso salón de mármol.

—Es como un palacio, una biblioteca y una iglesia en un mismo edificio —dijo Hal, mirando a su alrededor.

—Es una estación especial —asintió el tío Nat—. Vale la pena visitarla aunque no tengas que coger un tren. Aquí se rodó una famosa película de gánsteres, en esos escalones —señaló el lugar.

Hal se imaginó el suelo blanco salpicado de sangre falsa y le dio un escalofrío.

—¿Dónde están los trenes?

—Bajo tierra. Las vías circulan a través de túneles por debajo de la ciudad.

Hal había pasado el día anterior en el metro de Chicago, cuyos vagones traqueteaban entre rascacielos sobre puentes elevados.

—¡El metro va por fuera y los trenes en túneles! —exclamó risueño.

—¡Exacto! Y ahora, vamos a buscar el Metropolitan Lounge —dijo Nat recogiendo la maleta.

Hal siguió a su tío por la escalera de mármol, agarrándose a la barandilla de latón con entusiasmo. Llevaba semanas esperando este momento. Tras su viaje en el Highland Falcon del verano pasado, la vida le había parecido sosa y aburrida. Además, su hermanita Ellie se había apoderado de la casa con sus biberones, sus llantos y sus pañales sucios, y sus padres estaban demasiado cansados para hacer nada divertido.

Sin embargo, todo cambió cuando llegó el tío Nat con *Bailey*, la nueva perra de Hal. La samoyedo blanca estaba totalmente recuperada de las emociones vividas en el tren de vapor real, y Hal se alegró mucho de verla.

—¿Recuerdas que me pidieron que viajara por América en el California Comet? —le había dicho su tío mientras Hal se revolcaba por el suelo con *Bailey* y su madre preparaba el té—. Resulta que las fechas coinciden con las vacaciones de octubre. —Brilló un fulgor en su mirada—. ¿Qué me dices? ¿Estás listo para otra aventura?

Hal había gritado, *Bailey* había ladrado y los padres de Hal se habían preocupado por la cuestión del dinero, pero el tío Nat logró tranquilizarlos. Como era periodista y escritor

de viajes, debía cubrir la importante rueda de prensa que iba a dar un famoso empresario llamado August Reza, de modo que el periódico se haría cargo de todos los gastos.

—Cumple los doce en octubre, ¿no? —le había dicho Nat—. Pues piensa en el viaje como tu regalo de cumpleaños.

Hal había tenido que hacerse el pasaporte. También se había comprado un nuevo cuaderno de dibujo, una caja de lápices y un sacapuntas.

El vuelo a Chicago había sido la primera vez que Hal montaba en avión. El despegue hacia el gris cielo inglés le resultó más inquietante de lo que esperaba. Aterrizar al otro lado del mundo al cabo de unas horas, parpadeando bajo el sol americano, algo desconcertante. Entonces se dio cuenta de que prefería ver los lugares por los que viajaba. Le gustaba más el tren que el avión.

El tío Nat se detuvo al pie de la escalera y señaló una puerta de vidrio a lo lejos:

—Ahí está la sala vip. Me vendría bien un café.

—Me gustaría dibujar el vestíbulo.

—Pues hazlo. Tenemos mucho tiempo. Dame tu maleta.

—Cogió el asa—. Ven a buscarme cuando termines. Estaré cerca de la cafetería.

Hal sacó su cuaderno y un lápiz, le echó un vistazo a la espaciosa estación y situó la máquina de billetes en el centro del dibujo, trazando un rectángulo en mitad de la página. Unas líneas verticales a cada lado se convirtieron en columnas corintias que sostenían el techo abovedado, bajo el que

colgaban las barras y estrellas de una bandera estadounidense tan grande como la vela de un barco.

Un hombre con el traje arrugado y un maletín se detuvo en lo alto de la escalera para mirar el reloj. Hal esbozó su figura con la parte plana del lápiz mientras recorría el suelo blanco con la mirada. Había una familia amish ante la máquina de billetes, cuyos tocados, sombreros y delantales le recordaron a las ilustraciones de los libros de historia. Después de trazar las diagonales de los bancos de madera, dibujó a la pelirroja del largo abrigo azul de plumas que llevaba un lagarto posado sobre los hombros, como si fuera una bufanda. «¿Será un dragón barbudo?», se preguntó.

En ese momento apareció un hombre atlético con un chándal desparejado (pantalones azules y chaqueta verde lima), al que seguía un niño taciturno con vaqueros, una camiseta roja y un aparato de ortodoncia en la cara. Se cruzaron con un tipo corpulento de traje y gafas oscuras, que caminaba con paso firme junto a una niña rubia vestida con un pichi gris y una rebeca rosa. La niña sonrió al niño del aparato y le guiñó un ojo, pero él apartó la mirada.

Mientras contemplaba el techo de cristal, Hal sintió una energía a su alrededor que le erizó los pelos de la nuca, como antenas que captaban una misteriosa señal de aventura, y dio un paso atrás para ver mejor.

—¡Oye! ¡Mira por dónde andas!

Al darse la vuelta, se encontró con los ojos azules y saltos de un niño bajito pero fornido con el pelo negro.

—¡Perdona! No te había visto. —Le mostró el cuaderno—. Estoy dibujando la estación.

El chico ladeó la cabeza y repitió sus palabras:

—«Estoy dibujando la estación.»

Hal frunció el ceño, sin tener muy claro si se estaba burlando de él.

—Eres inglés, ¿verdad? —preguntó el otro con entusiasmo—. Di más cosas con tu acento.

—Ah, pues... no sé...

—«Ah, pues... no sé...» —volvió a imitarlo, y se partió de risa al verle la cara. Luego agitó la mano y dijo—: No me hagas caso, es una costumbre que tengo. ¿Vas a montar en algún tren?

—Voy a coger el California Comet hasta Emeryville, cerca de San Francisco.

—¡Eh, yo también! —El niño desconocido le echó el brazo por el hombro—. Qué suerte. Tienes que conocer a mi hermana Hadley. Está en el Metropolitan Lounge. Vamos.

Hal miró la bóveda del techo.

—Pero quiero terminar...

—¿No tienes hambre? Yo me muero de hambre. En la sala vip hay patatas *chips* y refrescos gratis. —Le dio una palmadita en la espalda, empujándolo hacia la puerta de cristal—. Hadley va a flipar cuando te oiga hablar. Por cierto, me llamo Mason. Mason Moretti.

Rindiéndose con una sonrisa tímida, Hal se guardó lápiz y cuaderno en el bolsillo de su chubasquero amarillo.

—Yo soy Harrison Beck, pero todo el mundo me llama Hal.

—Por aquí, Hal. —Mason lo condujo a una mesa en la que había una niña con el pelo ondulado color miel jugando a las cartas—. ¡Eh, Hadley! Te presento a Hal.

Hadley alzó la vista y recogió la baraja con un solo gesto. Llevaba una sudadera púrpura con capucha y letras blancas en el pecho: «“Lo que ven los ojos y oyen los oídos es lo que la mente cree.” Harry Houdini».

—Hola —saludó a Hal con una sonrisa. Tenía los dientes perfectos.

—Hal es inglés. —Mason le dio un codazo—. Vamos, di algo.

—Encantado de conocerte —dijo Hal, notando que se ponía rojo.

—«Encantado de conocerte» —lo imitó Mason.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —murmuró Hal.

—«¿Puedes dejar de hacer eso?» —repitió Mason.

—Mason imita a todo el mundo. —Los ojos marrones de Hadley eran cálidos y parecía simpática—. Es un poco cansino, pero lo hace muy bien.

—Nunca había tenido la oportunidad de practicar con un inglés. —Mason lo miró como un perro hambriento a un chuletón—. Ya sé... ¡Dime el alfabeto! Espera, necesito mi grabadora. Tengo que guardarte en mi banco de voces.

—¿Banco de voces?

—Colecciono voces para practicar los sonidos y las pala-

bras. —Mason abrió y cerró la boca en distintas posiciones extrañas, haciendo sonidos vocálicos. Su piel aceitunada era increíblemente elástica.

—Es mejor que no —dijo Hal—. Yo soy del norte, de una ciudad llamada Crewe. No tengo un acento tan elegante como la reina. —No le apetecía la idea de pasar el viaje siendo el conejillo de indias de un imitador.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Hadley.

—Doce —respondió Hal, sin mencionar que solo habían pasado tres días desde que los cumplió.

—Yo también.

—Yo tengo trece —dijo Mason.

—¿En serio?

Hadley se rio.

—Todo el mundo piensa que Mason es mi hermano pequeño.

—Ser bajito no tiene nada de malo —contestó Mason—. Los mejores actores son bajitos, y yo aún no he terminado de crecer.

Hal percibió que aquel era el inicio de una disputa frecuente, así que cambió de tema:

—¿No has dicho que había *chips* gratis?

—Sí, por aquí. —Mason lo llevó al mostrador, en el que había un cuenco lleno de bolsas de patatas fritas de brillantes colores.

—No son patatas *chips*.

—Claro que sí —dijo Mason.

—Las patatas *chips* son patatas fritas.

—Exacto.

—Las patatas *chips* están calientes y se les echa ketchup. Estas son patatas *crisps*.

—Quiere decir patatas fritas de sartén —dijo Hadley, agarrando una bolsa y abriéndola.

—¿Llamáis *chips* a las patatas fritas de sartén? —Mason meneó la cabeza con incredulidad—. Alucinante.

—Estados Unidos es un lío —dijo Hal, cogiendo una bolsa de patatas—. Ayer me pedí una *pizza*, pero cuando llegó, jera una especie de quiche!

—Ñam, *pizza* estilo Chicago. —Hadley se relamió—. Es una de las especialidades de la ciudad.

—Hola, Hal. —El tío Nat apareció al pie de la escalera. Destacaba entre la multitud con su jersey a rayas multicolor, su traje azul petróleo y sus impecables zapatillas blancas—. ¿Ya estás haciendo amigos?

—Estos son Mason y Hadley —los presentó Hal.

—Encantado de conocerlos. —Nat les dio la mano—. Soy el tío de Hal, Nathaniel Bradshaw.

Hal vio que Mason susurraba:

—«Encantado de conocerlos.»

—¿Vais a tomar el California Comet? —les preguntó.

—Sí, vamos a Reno —respondió Hadley, tratando de distraer a Mason de la pronunciación del tío Nat—. Nuestro padre trabaja en un casino.

—¿Es crupier?

—Artista —dijo Hadley.

—Fascinante.

—«Fascinante» —repitió Mason en voz baja.

—Hal, es hora de facturar las maletas —dijo su tío. Y luego, mirando a Mason y Hadley—: Estoy seguro de que volveremos a vernos en el tren.

Tras despedirse, Hal recogió la mochila y ayudó a su tío a sacar las maletas de la sala vip. Un músico callejero empezó a tocar el saxofón en el vestíbulo, y Nat se acercó para disfrutar de la música. Hal aprovechó para sacar su cuaderno. Solo necesitaba unos minutos para terminar el dibujo. Cuando acabó la canción, su tío dejó un par de dólares en la funda del músico y se dirigieron al mostrador del equipaje. Mientras lo seguía por la estación, Hal deseó ser más como el tío Nat, que parecía sentirse como en casa allá donde fuera.

Después de cerrar las maletas con candado y facturar, el tío Nat se detuvo frente a un enorme mapa de Estados Unidos, se guardó las llaves en el bolsillo de la chaqueta y sacó los billetes.

—Tenemos que ir a la puerta sur, vía F. El California Comet es el tren número cinco.

—¿Qué es Amtrak? —preguntó Hal, señalando el letrero en el que se podían leer las palabras «El Sistema Amtrak». El mapa estaba plagado de líneas rojas que marcaban las rutas ferroviarias.

—Amtrak es la empresa que gestiona los trenes de pasajeros de Estados Unidos. —Nat señaló un punto en medio del mapa, debajo de un gran lago—. Ahora estamos aquí, en Chicago. —Recorrió con el dedo una de las líneas rojas hacia

el oeste—. Vamos a atravesar las llanuras de Iowa y Nebraska, las Montañas Rocosas en Colorado, el desierto de Utah y los bosques de Sierra Nevada. Allí torceremos al suroeste hasta la costa de California, y llegaremos a San Francisco dentro de dos días.

Hal miró a su tío y ambos sonrieron, como paracaidistas listos para saltar.

—Vamos a buscar nuestro tren.